

Arbolé 18

Cine

Los inicios de mi cine

Jesús Martín Camacho

Me pidieron que escribiera sobre cine. Concretamente elegir una de estas dos defensas: el cine como pura imagen en acción, entretenimiento o el cine como instrumento para estudiar la psicología humana. Mientras me lo pensaba, hace poco, revisando fotos, me encontré con el edificio madrileño donde tuvo lugar la primera sesión de cine pública en España (14 de Mayo de 1896). Verlo y dejar a un lado el tema que me propusieron sucedió a una. Quería recordar y escribir mi *inicio* en el cine. Debo estar volviéndome un sentimental, porque el tono es melancólico, como siempre:

"Amo las películas. Cada día más. Con catorce años y el cuerpo desgarrado de un niño bastante miedica, pensé que ya era lo suficientemente mayor como para ir al cine por primera vez. Creerán ustedes que a buenas horas tomaba la decisión. Pero es que ustedes no conocen Algeciras. Al menos la Algeciras que se le representaba a un chaval miedica de catorce años desgarrado. Y mucho menos en invierno. Peor de noche. Mucho peor solo. Porque cuando les digo que fui "por primera vez al cine",

quiero decir "fui por primera vez al cine solo": nada de colegas de la escuela, grupos de amigos de la calle, hermanos y mucho menos novia; tampoco que mis padres me



dejaran en la puerta y hora y media después me recogieran allí mismo. No. Hablo de andar más de media hora sin nadie –cabeza agachada-de noche –paso ligero- y por calles frías y desiertas –puños cerrados dentro de la chaqueta vaquera-; de

intentar no pensar en las últimas veces que me habían atracado en la calle. Cabeza agachada, puños cerrados, paso ligero. Entré en el cine. La película era *Belle Époque*. Su primera imagen: primer plano de una maleta en una carretera sin asfaltar y la cámara que se aleja con un *zoom*. Me sorprendí. Estaba sonriendo. Me dije: "¡Olé mis huevos!". Me relajé y disfruté. Dos horas más tarde, de vuelta a casa, ya no había prisas, miedo ni frío. Pensando en la película –todavía no se me había quitado la sonrisa-tardé casi el doble en hacer el mismo camino de la ida. Seguía teniendo frío, pero no miraba hacia el suelo –los puños, no os voy a engañar, seguían cerrados. Cuando meses después *Belle Époque* arrasaba en los Goyas. Su triunfo era el mío.

(Un año después Fernando Trueba dedicaba el Oscar al único Dios de su panteón: Billy Wilder. A la mañana siguiente, Mr. Wilder en persona le llamó por teléfono: "Hola, soy Dios. No debiste decir eso anoche. Desde que lo has hecho la gente se santigua al verme en la calle").